DON FRANCISCO MÁRQUEZ VILLANUEVA, *IN MEMORIAM*

Don Francisco Márquez Villanueva, fallecido el 15 de junio de 2013 en la ciudad estadounidense de Boston, gustaba de definirse a sí mismo como "cervantista, sevillano y exiliado", con lo cual quería sintetizar los aspectos de su peripecia vital que consideraba no sólo como los más significativos para su tarjeta de visita, sino como los más expresivos de su íntimo sentir. Había nacido en la ciudad hispalense en 1931, poco antes de la ilusionada proclamación de la Segunda República, hijo de Luis Márquez, de origen gaditano, y de Honorina Villanueva, de raíces cántabras. Estudió en un centro docente de gran arraigo, el "San Francisco de Paula", donde más tarde ejercería como profesor de inglés y por el que siempre sentiría un cariño magnificado por la nostalgia. A continuación cursó estudios de Filología en la Universidad de Sevilla (1947-1953), pasando a desempeñar, por iniciativa de Francisco López Estrada, los cargos de profesor asistente (1954-1956) y de profesor adjunto (1956-1958). Su doctorado en la Universidad de Sevilla parecía indicar el futuro de su investigación, ya que su estudio versó sobre un autor converso, el poeta cuatrocentista Juan Álvarez Gato (un estudio que en 1960 se incluiría en el catálogo de la Real Academia Española), pero su relación con el mundo universitario hispalense terminaría prácticamente ahí, ya que el mismo año de 1958, vetado por las autoridades académicas por motivos ideológicos, abandonaría sus aulas para no regresar prácticamente nunca más, aunque en el año 2006 algunos de sus profesores tuvieran la feliz iniciativa de preparar en su honor un volumen de homenaje que fue acogido por el Servicio de Publicaciones de la institución.

En 1959, Don Francisco decidió exiliarse a las Américas (como también hiciera poco después otro ilustre profesor de la misma Universidad, Don Guillermo Céspedes del Castillo), buscando para desarrollar su vocación, para llevar a cabo sus investigaciones, un ambiente más acogedor que el de aquella triste Sevilla del franquismo, de irrespirable ambiente represivo y nacionalcatólico. A partir de ahora, se inicia su brillante carrera de profesor y de investigador, que le llevaría como invitado (en diversos momentos de su vida)

a diferentes centros universitarios americanos y europeos. En Estados Unidos, sería primero acogido en la justamente celebrada Universidad de Harvard, donde ejercería du docencia hasta 1962, año a partir del cual sería contratado como profesor sucesivamente por varios centros académicos de gran prestigio hasta su regreso, en 1978, y ahora ya con carácter definitivo, a la misma Universidad de Harvard, donde pasaría a integrarse en el Departamento de Lenguas Románicas, antes de ser promovido a Profesor de Investigación de la Cátedra "Arthur Kingsley Porter" y a Catedrático Emérito tras su jubilación. En el ínterin, habría sido miembro fundador de la Asociación Canadiense de Hispanistas (1964) y de la Cervantes Society of America (1974), además de ingresar en la Hispanic Society. No cabían mayores reconocimientos a una labor científica en el ámbito de las Humanidades, una compensación por todos aquellos que le había negado su patria.

Reconocimientos para una obra excepcional que registra más de una veintena de libros y cerca de dos centenares de artículos, una elevada cifra de trabajos que se distinguen no sólo por su magnitud sino, especialmente, por su extremado rigor (manifiesto en una continua revisión de sus escritos para matizarlos y actualizarlos) y por su hondura conceptual. Sus publicaciones se agrupan en torno a una amplia serie de temáticas, muy inspiradas al principio por la obra de Don Américo Castro y luego en permanente diálogo con la de otros grandes intelectuales como el conocido hispanista Marcel Bataillon, a la difusión de cuyos escritos tuvo a gala haber contribuido nuestro insigne investigador.

Cervantista en el exilio, como según hemos visto le gustaba considerarse, compuso memorables páginas sobre el gran escritor, especialmente las que se integran en los espléndidos volúmenes titulados respectivamente *Personajes y temas del Quijote* (1975, reeditado en 2011), *Trabajos y días cervantinos* (1995) y *Moros, moriscos y turcos en Cervantes* (2010). Cervantes, dotado de una personalidad compleja, no quiso exponer abiertamente su visión del mundo que le tocó vivir, ya que siempre trató de ponerse a salvo de censuras y represalias por parte de los grupos dominantes de una sociedad controladora y represiva, pero dejó traslucir, de modo indirecto o sesgado, muchos de sus sentimientos acerca de una España que consideraba en buena medida despiadada e injusta. Así se muestra en su comprensión hacia los marginados y los perseguidos, en su consideración de la mujer como figura independiente, en su inclinación hacia una religiosidad más depurada y más íntima, en su sensibilidad hacia lo que hoy llamamos derechos humanos.

Sin embargo, ni en este ni otros casos, el insigne investigador descuida la perspectiva literaria, que no sólo tiene como objeto la obra cervantina, sino a muchos otros autores y creaciones, como Lope de Vega (*Lope: obra y valores*, 1988), "La Celestina" de Fernando de Rojas (*Orígenes y sociología del tema celestinesco*, 1993) o "El burlador de Sevilla" (*Orígenes y elaboración de 'El burlador de Sevilla'*, 1996). Y no sólo se ocupa de los clásicos de la Baja Edad Media o del Siglo de Oro, sino que su indesmayable curiosidad se

extiende a otros autores más modernos, a los que se siente unido por alguna afinidad, como ocurre cuando estudia a Benito Pérez Galdós (atraído quizás por el progresismo del novelista grancanario) o a Gabriel Miró (atraído quizás por esa obsesión por las sociedades levíticas que distingue al autor alicantino) o a Juan Goytisolo, con quien tantas vivencias de su mundo culturalmente híbrido puede compartir.

Ahora bien, si los marginados están presentes en Cervantes, algunos de ellos, especialmente los que integran las minorías religiosas españolas, constituyen uno de los principales centros de interés del filólogo e historiador sevillano. Castrista de filiación, como también hemos señalado, efectivamente una de sus dedicaciones mayores se refiere al mundo de los conversos y, más ampliamente, al mundo de las aportaciones de los autores de ascendencia judía o islámica a la formación de la cultura española del Siglo de Oro. En este ámbito también produce obras realmente insoslayables, como *El problema de los conversos: cuatro puntos cardinales* (1965), *El problema morisco desde otras laderas* (1991) o *De la España judeoconversa: doce estudios* (2006), además de escribir el prólogo del clásico *La clase social de los conversos*, de otro grande de la investigación del siglo XX, otro sevillano por otra parte, Don Antonio Domínguez Ortiz. En este territorio, el autor navega con aguja bien imantada de fray Hernando de Talavera a los bufones del siglo XV o se detiene con parsimonia en sus frecuentados temas del Siglo de Oro desvelando parte de su inmensa riqueza para, finalmente, concluir en la dureza de la vida de aquellos grupos que sufrieron cotidianamente la terrible presión de una amenaza institucionalizada, bien comprendida por alguien que conoció en primera persona la represión de la dictadura franquista.

Otro hito (uno más) en la producción del historiador hispalense es su libro titulado *El concepto cultural alfonsí*, publicado en 1994 y reeditado diez años después por Editorial Bellaterra, que tanto ha hecho por la difusión de su obra en España, por romper la "conspiración de silencio" que a veces ha debido soportar. En este libro clave, el autor considera inexacto presentar a Alfonso X el Sabio como un intelectual al que además le tocó ser rey. Más cercano a la verdad es pensar en un rey que entiende la ampliación del saber como uno de sus deberes de gobernante. Una posición extraña, sin duda, pues sólo los califas cordobeses creían incorporadas la ciencia y la poesía a su condición de soberanos. Sin embargo, Alfonso X el Sabio quería no sólo gobernar, sino ser un maestro de su pueblo, y de ahí que su política cultural manifestase una finalidad didáctica, patente en una obra deliberadamente escrita en lengua vulgar, contribuyendo así al desarrollo del castellano frente al latín y a los dialectos iberorromanos. En definitiva, una contribución definitiva para la correcta valoración de la figura del soberano.

Para terminar, hay que mencionar por fuerza un libro indispensable por el que muchos sentimos verdadera debilidad: *Santiago, trayectoria de un mito* (2004). Una obra donde el autor desmonta con una finura crítica insuperable la fábula de la venida del apóstol a España: "Basada en muy poco más que

leyendas y tradiciones críticamente infundadas, la historia del hecho jacobeo se avala en la autosuficiencia de una naturaleza mítica… Es un mundo de leyendas, de apócrifos y de distorsiones muy alejado de toda historia convencional". La historia de la leyenda jacobea, con sus implicaciones eclesiásticas y patrióticas, resulta apasionante sobre todo porque se basa en una investigación objetiva de los hechos, sin la menor concesión a cualquier *parti-pris* ideológico. El final remite al papel de los mitos, que seguirán siendo juzgados por unos como un constructo legítimo que sirve para reforzar la cohesión religiosa o nacional y por otros como una intencionada patraña puesta al servicio de intereses particulares: el padre Enrique Flórez (cómplice de la fabulación) contra Don Gregorio Mayáns, defensor de la racionalidad y de la verdad.

Cervantista, exiliado y, finalmente, sevillano, a pesar de que, como muchos otros (recordemos a José María Blanco White o a Don Antonio Machado), siempre mantuvo con su ciudad una relación ambigua de amor profundo pero también de reticencia justificada. La Junta de Andalucía le había concedido en el año 2004, remediando tardíamente un prolongado olvido, el merecido título de Hijo Predilecto de la comunidad, pero Don Francisco sabía que sólo podía volver a Sevilla puntualmente (una conferencia, el homenaje de unos pocos cabales, la invitación individual de algún amigo), aunque siempre pudiese contar con el cariño nunca desmentido de su antiguo colegio de "San Francisco de Paula", donde se custodia parte de su biblioteca, repleta de estudios sobre su ciudad, tan cicatera y desmemoriada para con sus hijos ilustres. Intelectual comprometido con la tolerancia, con el diálogo, con la educación y con la ciencia y que añoró siempre a su patria española (pese a la actitud de madrastra con que generalmente se le presentara), posiblemente tampoco ahora (como en el pasado) se sentiría a gusto con unos gobernantes que precisamente se distinguen por su recalcitrante insensibilidad hacia la ciencia y la cultura. En todo caso, Don Francisco nos dejó un inestimable legado intelectual y moral y, por supuesto, el consuelo de su memoria.

CARLOS MARTÍNEZ SHAW
UNED/RAH